

Mención especial de Parados en Movimiento:

El tiempo nos salió demasiado caro

la música sonando anunciaba el suave invierno que caía ante el mundo, sumergiéndonos en un ambiente ambiguo, lleno de asperezas. ya no se oía el crujir de las hojas bajo nuestros pies, cuando caminábamos por la calle. Ahora solo importaba el no caer en esos charcos que había, aunque puede que yo ya estuviera en uno de ellos.

Las lágrimas que surcaban mi rostro anciano y marcado de arrugas fueron a fundirse con los charcos que había en el suelo. la música sonaba de fondo, la que antes era la única que me daba la vida, era ahora un martillo en mi pecho que me destrozaba por dentro.

Aquella música que venía acompañada de actuaciones, de risas, de bailes y de trabajo. Aquella música que siempre me había atado a un lugar.

Aún recuerdo las palabras del director diciéndome que no volviera más. Que debido al nuevo plan de recortes, ya no me necesitaban. Pero yo si les necesitaba.

necesitaba sentir los aplausos de los niños, mientras detrás del telón, era yo quien manejaba los focos. Necesitaba sentir las palabras arrogantes de los artistas cuando les entregaba un papel equivocado. necesitaba el dinero con el que me pagaban, mientras mis hijos asistían a cada una de las actuaciones que había en él.

Pasé de estar tras el telón, a estar justo en el medio del escenario, siendo observado solo por mis hijos y por mi mujer, esperando quizás unas palabras que jamás llegarían.

Nunca pensé que creería en Dios, pero una vez que vi las orejas al lobo, quise hablar con él. Quería que me devolviera mi vida, la alegría de vivir, el amor de mi mujer. Mi gran amor que ya ni siquiera me miraba como solía hacer antes. Recuperar mi casa. No solo perdí cosas materiales, también perdí la esperanza, la ilusión.

Ese mismo día marcó un antes y un después en mi vida, Llevábamos tiempo sin pagar el alquiler y ni el banco nos concedía préstamos. Mi mujer se dejaba las manos sacando a los niños adelante, mientras yo me arrastraba de casa en casa pidiendo trabajo y piedad.

Ese mismo día acabé tirado en la plaza del pueblo. Pasé la noche fuera de casa porque se me hacía demasiado difícil llegar sin buenas noticias, sabiendo que había perdido el tiempo. Tiempo que nos estaba saliendo muy caro.

Y mientras yo apuraba las últimas gotas de mi cartón de vino, que por casualidad se plantó en mi camino, mi mujer y mis hijos estaban viviendo una situación muy diferente. Un error que cargaba sobre mi espalda por mucho, mucho tiempo.

Porque yo no sentí las manos de los agentes agarrando a mi mujer, tirándola al suelo. No oí las voces de mis hijos mientras gritaban que habían entrado "ladrones".

Mi mujer se defendió de aquellos intrusos, pero eran cinco contra una. Tiraron la puerta, rompieron vasos y ventanas, los cuadros cayeron a su paso, al igual que las lágrimas de Elisabeth diciendo a los niños: " Tranquilos no está pasando nada. Yo estoy bien. vamos a pasar unas vacaciones a la casa de la abuela. Todo está bien."

Jamás olvidaré la expresión de sus rostros cuando al día siguiente llegué y estaba todo destrozado. Y los vi sentados enfrente de la puerta de la que ya no era nuestra casa.

Los niños pintaban sobre una hoja de papel la fachada de la casa, que ahora se veía tan diferente, tan extraña y lejana. Y yo discutí con mi mujer, viendo sus arañazos y moretones, y sintiéndolos en mi cuerpo el triple de dolorosos por no haber estado allí y no haberlo evitado.

Allí fue cuando me di cuenta de lo que realmente había perdido; porque la luz de los ojos de Elisabeth ya no existía. Aun siento que la discusión que tuvimos ese día me persigue aunque ha pasado mucho tiempo, o quizás el tiempo no haya pasado y sea yo, que estoy encerrado en un reloj que no mueve las agujas y por donde no pasan ni los meses ni los años, quien se sienta así.

La sorpresa llegó cuando llamamos a casa de la madre de Elisabeth. Nos recibió desconcertada y los llantos llegaron cuando le contamos el porqué de nuestra visita.

A la noche, después de que todos, menos mi suegra, estuvieran descansando, decidí hablar con ella.

Ella me contó que en su bloque de pisos, uno estaba siendo ocupado por un buen trabajador, noble y sin pareja. Me contó sus impresiones sobre aquel

hombre y recalcó que no tenía pareja. sabía que sus palabras estaban cargadas de un gran peso y una gran decisión, pero las ignoré, las dejé atrás.

Así pasó una semana, donde malvivíamos en un piso pequeño y donde todos cedimos nuestras cosas para que nuestros hijos comieran. Incluso mi suegra tuvo que recortar en gastos porque las facturas se habían triplicado.

Quizás ese día que llegué cansado, después de haberme pasado por todas las viviendas de la zona pidiendo trabajo, quizás ese día que llegué a casa y vi a mi mujer y a mi suegra llorando por el gran incremento de los gastos, quizás ese día tenía que tomar una decisión.

Fue un choque, algo que me abrió los ojos. Ese mismo día me dije que no volvería a ver llorar a mi mujer y a mis hijos.

Al día siguiente tuve una conversación con Elisabeth. A pesar de que en ella, ahora, había unas profundas ojeras debajo de los ojos, la sonrisa triste, las primeras canas que la empezaban a salir, seguía estando preciosa.

Tenía que rechazar a lo último que me quedaba, si quería que ella fuera feliz. Porque ella aun podía cambiar su vida. Porque simplemente la quería y no me veía con fuerzas como para mantenerla, cuando no me podía mantener ni a mí mismo.

Perdí más de lo que pensaba cuando le pedí el divorcio. Le juré que aun la quería, pero que si tenían que seguir adelante, era la única forma, Aún recuerdo cómo le temblaban las manos.

Ella conocería a alguien que la hiciera feliz y que le buscara trabajo, conseguiría recuperar la sonrisa y nuestros hijos tendrían una nueva vida, con una casa nueva, llena de recuerdos y de calor.

Yo me marché, dejando a aquello que más quería en manos de otro hombre, otro hombre que les daría, todo lo que no supe darles yo.

Dos años más tarde, me llegó una carta. Era una invitación de boda. Se casaba y quería que estuviera allí para poder verla después de tanto tiempo, para poder darle un abrazo, volver a sentirla.

Sé qué fue el amor lo que me movió a ir allí, a pesar de no tener trabajo y estar en condiciones pésimas. Sé qué fue el amor lo que me movió para obligar a los que estaban a la entrada de la iglesia, a que me dejaran entrar, no era ningún vagabundo.

Cuando vi a mi mujer, tan bella como siempre, acompañada de otro hombre y junto a mis hijos, me quedé sin voz. Sin embargo, no fui yo quien rompió el silencio.

- Vamos Felipe. Quiero presentarte a tu nueva familia, tu nueva casa. Vuelve con nosotros- Dijo mi Elisabeth.

Autora: Sandra de la Fuente Alonso

1º Bachillerato